

## MISCELÁNEA

### ANTE UNA VERSIÓN DE *EL COLLAR DE LA PALOMA*

No descubro ahora, ya cargado de años, a Ibn Ḥazm. Ello me ahorra el caer en arrobos ante su obra y el dejarme ganar por un peligroso entusiasmo de neófito; arrobos y entusiasmos que han perturbado el sereno razonar sobre las proyecciones históricas del *El Collar de la Paloma* a otros tardíos conversos a la devoción del gran pensador hispano-árabe. Desde que el sabio maestro del arabismo español contemporáneo, don Miguel Asín, publicó su versión de *Los caracteres y la conducta* en 1916, y en 1927 el primer volumen de su obra: *Abenházam de Córdoba y su Historia Crítica de las ideas religiosas* —; cuántas tardes he presenciado como Asín iba llenando la albura de las hojas con su versión del *Fisal* en su escritorio y billar de la Calle Ancha! — he sentido interés creciente por esta señora personalidad de la España musulmana. Un pensamiento suyo — « La flor de la guerra civil es infecunda » — ejerció decisiva influencia sobre mi actitud ante la tristísima última contienda fratricida que desgarró a mi patria. E invoqué tan certera reflexión de Ibn Ḥazm en la advertencia preliminar a la obra que « En torno a los orígenes del Feudalismo » escribí en Burdeos mientras los españoles combatían entre sí con saña feroz. Después, al preparar mi *España musulmana*, hube de enfrentarme de nuevo con Ibn Ḥazm. Quedé sorprendido al comprobar su hispanismo temperamental y al hallar en él coincidencias claras con otra de las magnas personalidades hispanas de todos los tiempos, con don Miguel de Unamuno, y me ocupé del tema con cariño en algunas conferencias y en dos o tres ensayos.

El anuncio de que el gran arabista español de hoy estudiaba *El Collar de la Paloma* y se decidía a traducirlo me hizo esperar con impaciencia la coronación de su labor. Siento gran simpatía y gran admiración por García Gómez desde que en su juventud pude saborear antes de que fueran impresos sus *Poemas arábigo-andaluces* y esperaba mucho de su consagración al estudio de Ibn Ḥazm. Mi esperanza no ha sido defrau-

dada. Y por ello me he decidido a informar de su análisis y traducción del delicioso tratado sobre el amor, escrito hacia 1022, durante su destierro en Játiva, por el polígrafo cordobés cuyas obras vengo frecuentando desde hace varias décadas.

Honran el estudio y la traducción de *El Collar de la Paloma* por García Gómez unas páginas liminares de Ortega y Gasset. Intenta éste en ellas una nueva interpretación de la Edad Media. Por su profundidad de visión y por la garra de su genio Ortega es capaz de ver claro en medio de la niebla que a los demás nos impide contemplar los secretos de la historia y de la vida. Definir con novedad una etapa de tan dramáticos corolarios para la vida de Europa como la Edad Media implica, sin embargo, grave riesgo. Sólo Ortega es capaz de aventurarse a enfrentarle con garbo y con éxito. Con éxito en cuanto llega a brindarnos si no una teoría inatacable — él mismo definió hace años la ciencia como alumbradora de problemas discutibles — sí muchas fértiles ideas que los historiadores habrán de tener en cuenta en adelante.

Ortega define así su nueva tesis sobre el medioevo. « La Edad Media europea es en realidad inseparable de la civilización islámica, ya que consiste precisamente en la convivencia, positiva y negativa a la vez, de cristianismo e islamismo sobre un área común impregnada por la cultura greco-romana ». Suscribo estas palabras referidas a la Edad Media española; hace alrededor de un cuarto de siglo que en mi *España y el Islam* publicado en la *Revista de Occidente*, que Ortega fundó y animó durante muchos años, sostuve ya que España surgió como fruto de los contactos pugnaces y pacíficos entre cristiandad e islamismo en el solar de la Península. Y no niego la fecundidad de la convivencia del mundo islámico y del mundo cristiano en la Edad Media, aunque no pueda admitir que la curva histórica de ésta — con toda su cargazón de procesos históricos decisivos en el madurar de la Europa moderna — fuera resultado de aquella convivencia. Pero deseo vivamente que el aldabonazo dado por Ortega resuene y halle eco fuera de España, donde todavía no se otorga la precisa atención por los historiadores al papel desempeñado por el Islam en la historia medieval europea.

Temo que Ortega haya ido demasiado lejos al sostener que germanismo y arabismo fueran dos « cuerpos sobremanera homogéneos por lo que hace a la situación básica de su vida » al comenzar el medioevo. Es evidente su diversidad inicial y los historiadores no han aventurado la tesis de su heterogeneidad irreflexivamente. Es tan injusto como habitual el desdén de Ortega por los historiadores. Proviene de que atribuye el el título de tales a los puros eruditos que suelen asomarse a la historia

con anteojeas, como los caballos de los picadores aparecen en las plazas de toros. Y de que habituado a la maravillosa libertad de movimientos de los filósofos, que pueden raudos cabalgar sobre los briosos corceles de las ideas, no justiprecia como sería menester la tragedia de los historiadores encadenados inexorablemente por los hechos históricos, que no son la historia pero que la condicionan y aprisionan. Que muchos merezcamos sus flagelos no le autoriza a sacudir contra todos sus latigazos críticos.

Convence la afirmación de Ortega de que fué decisivo para el cuajar de la vida medieval « el hecho de que pueblos de una cultura primitiva [semejanza en el primitivismo no equivale, en mi opinión, a homogeneidad vital; hay muchas maneras de existencia primitiva] viniesen a habitar en un espacio social, el área del Imperio romano, donde preexistía una civilización llegada al último estadio de su desarrollo y, por lo mismo, de su complicación y su refinamiento ». Pero no se ha parado a discriminar las grandes diferencias que separan las dos irrupciones, en el mundo antiguo de germanos y de árabes; diferencias fértiles en muy graves consecuencias históricas. ¿No le parece esencial que aquéllos entraran en un área de cultura ya muy contagiada de germanismo — no puede olvidarse esta hoy ya no discutible realidad — y que entraran a cuerpo limpio, porque sí, en nombre de su sola y propia gana, a impulsos del ímpetu o del miedo — el miedo ha sido un factor no por olvidado desdeñable del acaecer histórico — sin llevar en la punta de sus lanzas ningún libro sagrado, sin encubrir su pura apetencia de señoramiento de los países conquistados y sin enarbolar como bandera ninguna idea fecunda y atrayente, capaz de suscitar fervores en masas extrañas?

Porque los árabes no penetraron en un mundo contagiado de arabismo, ni entraron en él a cuerpo limpio, en nombre de su sola y pura gana de señorear países enemigos, sino que cruzaron sus fronteras para cumplir el mandato del Profeta y propagar por la espada una fe nueva; y precisamente porque realizaron sus conquistas en nombre de una doctrina religiosa, abrieron en seguida sus filas a los conversos de los pueblos sojuzgados. Los dos califatos de Damasco y de Bagdad fueron en verdad un imperio sirio y un imperio mesopotámico cobijados por la cúpula del Islam. Al principio los árabes intentaron recuperar la dirección política y vital del islamismo mediante el forcejeo de una guerra que terminó con el incendio de la ciudad santa por los sirios. Después los pocos beduinos que se habían establecido en las tierras conquistadas, desbordados por las masas que abrazaron de prisa su propia religión, conservaron muy poco de su textura vital primitiva. Fueron los nie-

tos de las pueblos sojuzgados quienes hicieron la historia del Islam, mientras los más de los árabes siguieron viviendo en su península semi-desierta, sin recibir la civilización creada por los descendientes de los vencidos por sus antepasados.

No puede sostenerse hoy que la Europa feudal fuera obra germánica, como se creyó antaño, pero es forzoso reconocer que los germanos — incluso los que permanecieron en su solar primitivo de allende el Rin — no estuvieron ausentes de esa magna aventura creacional. Fué mínima en cambio, la acción de los árabes puros en la formación de la civilización y del estilo de vida musulmanes.

Me arrepiento de haber escrito « estilo de vida musulmán » porque dudo mucho de que existiera en verdad un estilo islámico de vida. Juzgar el islamismo como una unidad vital y cultural ha inducido a Américo Castro a alzar muy frágiles construcciones teóricas. Ortega se preguntó hace muchos años: « ¿ Dios mío, qué es España? » Con el mismo dramatismo cabría preguntar ¿ qué es el Islam? Porque no creo en la contextura unitaria de los pueblos que rindieron culto a Alá, « el Clemente y el Misericordioso », no puedo suscribir el calificativo que Ortega otorga a Ibn Házim de árabe español y me atrevo a llamarle, a la inversa, español arabizado.

Claro está que si reservamos el calificativo de españoles a quienes han vivido conforme a las formas de vida de la española moderna, no fué español el autor de *El Collar de la Paloma*. Me permito anticipar aquí mi réplica a la pareja limitación que Castro hace de lo hispano. Si restringimos el nombre de españoles a quienes han pensado, sentido y vivido como ha sido habitual en una etapa de la historia española, cualquiera que ella sea, nuestros nietos del año 3.000 podrán negarnos con razón el título de hispanos a Ortega, a Castro, a García Gómez y a mí, porque no pensarán, ni sentirán ni vivirán como nosotros.

Hemos convenido en que el hombre es historia y Ortega ha sostenido que los pueblos cambian al paso rápido de las generaciones. El ayer es siempre distinto del hoy como es el hoy distinto del mañana. No hay dos siglos hispánicos idénticos. Pero ello nos autoriza y nos obliga a tener por españoles a cuantos dentro o fuera de España, a través de la historia han pensado, sentido y vivido como era habitual pensar, sentir y vivir en Hispania a la sazón, desde mucho antes de Viriato hasta mucho después de Prim.

Harina de otro costal es el determinar si hay rasgos comunes a esos « españoles » de anteayer, de ayer y de hoy. El tema es de importancia para juzgar del grado de auténtica española del autor de *El Collar de la*

*Paloma*. Hay noticias turbadoras. Según un viajero griego del siglo vi a. C. los marseleses eran ya aficionados a referir cuentos e historias. Podría alegar otros muchos testimonios parecidos. Cualquiera que sea el número de los que cabría traer a capítulo, no creo en la decisiva acción del suelo y de la raza en el curso de la historia; ni en la perduración indefinida de los caracteres colectivos de los pueblos. La historia es obra de un muy complejo juego de fuerzas distintas entre las que naturalmente no dejan de desempeñar papel eficacísimo la raza y el suelo. Y no es perdurable la contextura vital de las naciones; penden del singular proceso histórico de cada una, la mudanza o la afirmación de su herencia temperamental, la pervivencia de algunos de los rasgos distintivos de su personalidad y el ritmo con que se produce el trueque de los más.

No sería difícil explicar por qué las peculiaridades y no me atrevo a escribir azarosas porque no lo fueron — fué la geografía y no el azar la que facilitó el cruce por Táriq y por Muza del Estrecho de Gibraltar — de la historia medieval española imprimieron a nuestro avance histórico su marcha de plantigrado; y que Ortega me perdone el plagio de esta vieja metáfora que aplicó antaño — podría discutir su afirmación — al curso de nuestra Reconquista. Somos el pueblo de Europa que por singularidades de su pasado — voy a intentar explicarlas pronto en un libro nada breve — está más cerca de sus abuelos milenarios. Incluso dentro de Al-Ándalus se prolongaron muchas viejas características hispanas, porque el Islam aprisionó en el ayer a los peninsulares, por razones que reservo ahora.

No fueron pues el suelo y la raza los que hicieron un español del autor de *El Collar de la Paloma*, fué la historia quien con el barro de la tierra ibérica de Huelva — se ha olvidado ese pormenor, el río Tinto fué el primer Ebro hispano, según el Periplo Massaliota traducido por Avieno — y con la ibérica sangre de los abuelos muladies de Ibn Hazm — disintiendo de Asín, García Gómez no vacila en suponerle de pura cepa hispana — hizo de él un español.

En un pueblo que avanza por la historia a paso de plantigrado y en cualquier — digámoslo en descargo de los españoles — tres siglos no son bastantes para mudar la contextura temperamental de la comunidad. Guardémonos de pensar como Américo Castro que España se arabizó cultural y vitalmente por artes de magia desde el 711. La arabización cultural fué lentísima. García Gómez acaba de escribir: « Después de descubiertas las « jarchas », romances de las muwaššahas y de sorprendidas ciertas intimidades literarias de la época, hoy empezamos a entre-

ver con claridad la importancia que tenía el bilingüismo en la España musulmana y la esfera reducida a la que, dentro del país, se halló confinado el árabe puro ». Y la arabización vital de los hispanos de Al-Ándalus tal vez no se realizó jamás, si entendemos por arabización vital algo más que la adopción de los usos externos de la vida diaria. En todo caso en la España musulmana se llegó a afirmar muy despacio un pueblo espiritualmente mestizo; y según han dicho y repetido todos los arabistas, muy alejado de lo auténtico oriental en muchos aspectos de su temperamento. García Gómez acaba de destacar la conciencia de su occidentalidad que tenía el mismo Ibn Hazm. La descubre al escribir: « mi defecto es que mi oriente es el Occidente ».

En tres siglos no habían dilapidado por entero los moros andaluces su herencia temperamental hispana y por ello Ibn Hazm era un español arabizado culturalmente y no un árabe español. Como he dicho antes, acerca de su hispanismo integral diserté y escribí en 1946 a este lado del Atlántico, y en mi *España musulmana* resumí ensayos y conferencias. Por ello me place sobremanera que tan excelente conocedor de Ibn Hazm y tan agudo crítico como García Gómez, declare hoy también la españolía del autor de *El Collar de la Paloma*.

« Un Quijote vencido » pone García Gómez por rúbrica de uno de los capítulos de su introducción a su versión de *El Collar de la Paloma* e Ibn Hazm fué en verdad un Quijote español del siglo XI. Lo dije antaño y hoy me preocupa descubrir el quijotismo hispano « avant la ligne » de los peninsulares anteriores a Alonso Quijano. Quien me preceda al estudiarlo me ahorraría una de las tareas que me tientan y que dudo poder llevar a cabo nunca. « La ambivalencia esencial », titula García Gómez, otro de los párrafos de tal introducción. En él escribe: « Precisamente esa continua ambivalencia, ese diptongo no fundido entre exquisitez y aspereza, entre sentimientos delicados y feroces, entre nobleza y plebeyez, es lo que nos hace más entrañable la figura de Ibn Hazm, porque la empareja con otros grandes tipos de nuestro Siglo de Oro, en quienes se cumplió la misma constante ibérica. Ya hemos aludido de paso a Góngora y Quevedo, como podríamos citar a tantos otros aunque no a Cervantes, sublime e inasequible ejemplo de cómo la disparidad radical de nuestra raza puede unirse en una síntesis comprensiva y humana, dulce y melancólica ».

Suscribo en general tales palabras. También yo vinculé con nuestro Quevedo a nuestro Ibn Hazm y me atreví a establecer un cerrado paralelo entre éste y Unamuno — no sé si aparecerá pronto una colección de ensayos que abarcará tal parangón — y tengo para mí que García

Gómez aceptará mi teoría cuando llegue a conocerla. He subrayado por mi cuenta la frase relativa al cumplimiento de una vieja constante ibérica en Ibn Ḥazm, porque se alza contra la tesis de Castro que hace derivar tales contactos de la simbiosis entre lo islámico y lo cristiano, a la que atribuye la forja de lo hispánico. No habría yo escrito las palabras de García Gómez, porque no sé si esa ambivalencia remonta tan lejos; a lo menos he intentado y, a lo que creo, he logrado, explicarme su perduración a través de nuestro ayer por caminos diferentes de los demasiados unívocos de Castro. Me inclino, además, a no desdeñar como generadora de aproximaciones temperamentales la semejanza de las fórmulas algebraicas de equilibrio entre espíritu, emociones e instintos — las tres almas de Ortega — de los hombres de carne y hueso que fueron y que son los filósofos, los artistas y los escritores. Porque creo que éstos no han sido ni son títeres de cuyos hilos tira el ente abstracto de una cultura. Pero claro está que la repetición en los miembros de una comunidad histórica de unas mismas fórmulas algebraicas de equilibrio entre esa triunidad de fuerzas vitales — la estadística aplicada a la historia, aunque parezca paradójica — acredita una tendencia temperamental que es forzoso derivar de rasgos genéricos enraizados en la contextura orgánica del pueblo. En una contextura que se vincula genéticamente con las etapas más remotas de la historia y que en el curso de la historia ha ido, según queda dicho, mudándose o afirmándose con ritmos y resultados diferentes; como los ríos avanzan raudos o lentos, se precipitan torrenciales o se curvan en meandros, arrasan o fertilizan a su paso.

Al paralelo con las grandes figuras literarias hispanas del Siglo de Oro « puede además asociarse la soberbia española » de Ibn Ḥazm, escribe García Gómez, y tiene también por hispánica su adámica soledad. El autor de *El Collar de la Paloma*, dice después su traductor, « conocía de modo directo la *Zahra* de Ibn Dāwūd ..., pero es menester añadir que a pesar de la pequeña cita textual y de la comunidad de tendencias sentimentales, el « Collar » debe muy poco a la « *Zahra* ». En él la teoría se ha occidentalizado e hispanizado perdiendo su exquisita afectación y su afeminada pedantería... Lo que en Bagdad decían prosas sutilísimas y versos ajenos, en Játiva lo dice el autor caliente y humanamente de sí mismo y de sus amigos de Córdoba. La pasión y la impaciencia españolas han roto el convencional vallado de la fuente, han bebido de bruces en ella y han mezclado esas linfas con su sangre ».

¡ Bellísimo y admirable alegato en pro del hispanismo de Ibn Ḥazm que yo adiviné y defendí hace seis años ! ¿ Me será perdonado que al ver hoy confirmada por García Gómez mi adivinación de antaño, me deje

ganar yo también por la soberbia española y reproduzca algunas líneas que escribí sobre Ibn Ḥazm en mi *España musulmana*?

« En los rasgos psicológicos que le atribuyen sus biógrafos y en sus páginas autobiográficas destaca lo profundo de su hispanismo: orgullo, pasión, vehemencia, verbalismo, acritud de palabra, lealtad, vuelo del alma hacia Dios, hipercriticismo contra su propia patria, amor a la verdad, rigor ético, exaltación hasta el sacrificio de la vida en defensa de sus ideas o de su honra, quijotismo, menosprecio de las riquezas en oposición con la puntillosa veneración por el honor, odio a la hipocresía, desdén por la adulación, fortaleza en la desgracia, culto a la amistad, prodigalidad hasta el despilfarro, ira fácil, elocuencia... Ese hispanismo profundo y evidente en que nadie ha reparado hasta ahora, confirma, pese a Asín, la verdad de las afirmaciones de Ben Ḥayyán y de Ben Said sobre su raza española y sus abuelos cristianos ».

No importa que García Gómez no haya hecho ni siquiera alusión a estas palabras, lo importante es que en general coinciden con mis juicios — con los juicios de un medievalista que jamás ha presumido de arabista — los del mejor conocedor de Ibn Ḥazm en la hora de hoy.

García Gómez reproduce esta página de la *Risāla apologética* de Ibn Ḥazm que recuerda a Larra y en la que « con amargura española » comenta el pasaje de San Lucas, VI, 24: « Nemo propheta acceptus in patria sua ».

« Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes tienen envidia al sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en cualquier otro país. Si aciertan, dicen: « Es un audaz ladrón y un plagiaro desvergonzado ». Si es una medianía, sentencian: « Es una nadería insípida y una mediocridad insignificante ». Si madruga en apoderarse del trofeo de la carrera preguntan: « ¿ De dónde ha salido éste, donde aprendió y cuándo ha estudiado? ». Si la suerte le lleva luego por el camino de descollar claramente sobre sus émulos, o le hace abrirse una senda que no es la que ellos frecuentan, entonces se le declara la guerra al desgraciado convertido en pasto de murmuraciones, cebo de calumnias, imán de censuras, presa de lenguas y blanco de ataques contra su honor. Le atribuirán lo que no ha dicho, le colgarán lo que no ha hecho, le imputarán lo que no ha preferido ni creído su corazón. Aunque sea hombre señalado y campeón en su ciencia... si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradecirán y vejarán. Exagerarán y abultarán sus



errores ligeros; censurarán hasta su más insignificante tropiezo; le negarán sus aciertos, callarán sus méritos y le apostrofarán e increparán por sus descuidos, con lo cual sentirá decaer su energía, desalentarse su alma y enfriarse su entusiasmo ».

Es necesario frotarse los ojos después de leer esta triste página para convencerse que salió de la pluma de Ibn Ḥazm, a tal punto refleja — cou sombrío abultamiento, no cabe negarlo, pero con hiperbólica desazón lo escribió también el polígrafo andaluz entre 1035 y 1040 — el clima áspero y envidioso a fuer de soberbio de la España contemporánea y aun de muchas otras Españas del pasado. No ha florecido sólo al sur del Pirineo esa malsana yedra; crece con brio en los periodos de crisis y decadencia nacional; pero en ninguna latitud ha arraigado y medrado tanto como en tierras hispanas. ¿ Otra vez un fruto amargo de la raza y del suelo españoles? No, otra vez un fruto vicioso de la acción de nuestra singular historia milenaria sobre el *homo hispanus*, forjado eso sí con el barro y la sangre peninsulares. En todo caso, otra vez un claro despliegue de hispanismo en Ibn Ḥazm, que escribe con profunda amargura y negro pesimismo, siglos antes de que el alma de los españoles pudiera ser, como Castro pretende, ensombrecida por contagio de la tristeza y saña de los hebreos peninsulares, contagio al que atribuye hasta el hispánico sentimiento trágico de la vida.

Pero doblemos la hoja y sigamos a García Gómez en su preparación para la más provechosa lectura de su versión de *El Collar de la Paloma*. La inicia con una biografía de Ibn Ḥazm. Resume, retoca, amplía y vivifica la que escribiera su maestro y el de todos los medievalistas españoles. Así, aunque con modestia anuncie que va a limitarse a extractarla. Nos seduce ya con la preciosa instantánea en que aparece ante Almanzor el niño Ibn Šuhayd, después gran poeta, muy amigo de Ibn Ḥazm y la primera figura del grupo de jóvenes aristócratas cordobeses, estetas elegantes, tocados de snobismo y de diletantismo y muy amadores de las bellas letras, grupo al que se afilió el autor de *El Collar de la Paloma* apenas salido de la adolescencia. García Gómez promete un estudio sobre este amigo de Ibn Ḥazm — le esperamos impacientes — y traza después el ideal literario de ese grupo, filoárabe por su desdén hacia lo español pero nacionalista por su intento de superar la rutinaria imitación de los modelos orientales.

Sigue luego García Gómez los accidentes conocidos de la vida de Ibn Ḥazm. Le debemos la noticia, recogida de la *Dajira* de Ibn Bassam, de que todavía en 1038 no había abandonado por entero la actividad política, pues cayó prisionero de Bādīs de Granada en la derrota que infligió

a Zuhayr de Almería. Y le agradecemos sobre todo la agilidad, con que va conduciendo a su héroe a través de su destierro, su falaz relámpago de triunfo, su desengaño y su cambio de vida y la emoción con que refiere su esfuerzo intelectual gigantesco, su lucha contra viento y marea, su robinsonismo espiritual, su tránsito de acosador a acosado, su condición de Quijote vencido, su ambivalencia entre aspereza y exquisitez, y su olvido por pensadores y escritores islamitas, hasta ser reivindicado en justicia por la ciencia moderna occidental.

Deben ser señaladas dos frases del autor de *El Collar de la Paloma* que García Gómez reproduce — no olvida la que yo he subrayado antes : « La flor de la guerra civil es infecunda », aunque por razones obvias no la destaque y hasta la minimice al recogerla — porque ayudan a comprender a Ibn Ḥazm y a comprender también a la España musulmana y a todas las Españas. Escribió « *Yo soy el sol que brilla en el cielo de las ciencias* ». Tengo reunidas frases no menos sacudidas por la soberbia : de Marcial, de Ibn Quzmān y de otras grandes figuras literarias hispanas de todos los tiempos ; frases que como la de Ibn Ḥazm, acreditan hasta qué punto el orgullo de las minorías intelectuales españolas equilibró la envidia desdeñosa con que eran flageladas — no sé si fué causa de ese flagelo rencoroso o reacción contra él — en el ambiente sombrío descrito con amarga maestría por el autor de *El Collar de la Paloma*. Y al burlarse éste de la rutina ortodoxa y del anquilosado y cerrado malikismo oficial de los alfaquines andaluces, calificó aquella de « religión de viejas ». ¿ Qué había ya en la vida religiosa de los españoles — lo hubo antes y lo ha habido después — para merecer este apóstrofe de un tan fervoroso creyente como fué Ibn Ḥazm ?

García Gómez no ha destacado la preocupación constante por su honor del autor de *El Collar de la Paloma*. Esa preocupación me sugiere una turbadora interrogación y un tema tentador. La pregunta es ésta : ¿ Cómo concebían el honor en general los musulmanes españoles ? Y es éste el tema de estudio que sugiero : hasta que punto influyó la occidentalidad de Ibn Ḥazm en lo agudo de su sentimiento del honor.

García Gómez analiza después *El Collar de la Paloma* y lo analiza con profundidad y con agudeza, a lo que yo puedo juzgar desde mi campo de estudio tan apartado del arabismo y de la estilística. Va penetrando con el fino bisturí de su crítica en los diversos temas que pueden servir para captar los misterios de creación artística de Ibn Ḥazm. Examina : las directrices de la escuela a que perteneció ; sus primores retóricos entre los que incluye el que Menéndez Pidal llama fragmentarismo ;

el carácter personal y autobiográfico de « El Collar » ; la discutible y discutida sinceridad literaria de su autor ; la condición ascética y filosófica de la poesía de Ibn Ḥazm que destaca « en medio de una lírica como la arábigo-andaluza, conocida por la frivolidad, la sensualidad y el puro virtuosismo formal pregongorino » ; la cautela con que debe leerse este libro del amor de pura y limpia intención, escrito sin propósitos obscenos pero por cuyas páginas corre un ventarrón de homosexualidad y un arroyo de realismo procaz ; la posible desilusión de algunos lectores modernos ante pensamientos, ideas, conceptos de Ibn Ḥazm, hoy vulgares pero que eran novedosos hace mil años ; la vivacidad del sentimiento de la belleza física como factor creacional literario y amoroso ; el hallazgo en *El Collar de la Paloma* de un eco del « Banquete » platónico ; el origen y la concreción poética del amor de Bagdad — del casto amor udri — en Oriente ; su propagación en Al-Ándalus cuando Ibn Ḥazm lo toma, a lo que cree su traductor, como guía de su teórica amorosa ; y su posterior y fugaz asfixia en la sensualidad desenfrenada de los Taifas.

García Gómez nos conduce como experto piloto a través de los escollos temáticos que suscita el estudio de *El Collar de la Paloma*, en un sugestivo viaje erudito durante el que da repetidas muestras de agudeza y de galanura. No sé si una meditación más atenta de las ideas de Masignon sobre la creación artística de los islamitas — él tradujo hace muchos años el estudio del mencionado orientalista — ideas de las que tanto partido ha sacado — demasiado partido — Américo Castro, le habrían permitido ahondar en algunas de las cuestiones por él estudiadas. Y tal vez de propósito no se ha detenido a examinar exhaustivamente dos temas importantes : el valor de *El Collar de la Paloma* para conocer la vida de la Córdoba califal y la teórica amorosa de Ibn Ḥazm y de los musulmanes andaluces. Del primero se había ocupado oportunamente — hace un año — el gran arabista francés Lévi-Provençal ; y sobre el segundo diserta, con su habitual profundidad de pensamiento, el prologuista de García Gómez, Ortega y Gasset.

Ortega afirma que la filología árabe no ha llegado a precisar lo que se entendía por amor en la España musulmana del siglo x y plantea el tema del amor como institución, invento y disciplina humanas al tropezar con los maravillosos versos que Ibn Ḥazm dedica a un amigo al que dice :

Te consagro un amor puro y sin mácula  
 En mis entrañas está visiblemente grabado y escrito tu cariño  
 Si en mi espíritu hubiese otra cosa que tú,  
 La arrancaría y desgarraría con mis propias manos  
 No quiero de ti otra cosa que amor.

Convengo en que el hombre es historia y lo son sus ideas y sus sentimientos; pero creo que junto a esa eterna mudanza de sus pensamientos y de sus emociones hay algunas inclinaciones espirituales y emocionales humanas que salvan las fronteras de los siglos y de los continentes y que hay metas ideales de vida que, como rumbos luminosos, guían el avance histórico de los hombres hacia mañanas todavía remotos.

Junto a cuanto separa la teórica amorosa de los musulmanas andaluces de la nuestra, Ortega destaca no pocas coincidencias: muchos de los signos demostrativos del enamoramiento, « el exclusivismo erótico de la mujer frente a la dispersión en que el varón suele vivir », « el influjo de la primera preferencia sobre los amores sucesivos », « la furtividad cima del amor »... Algunas de tales semejanzas pueden vincularse, con Ortega, a la limitación « del teclado de gestos corporales que nuestra intimidad encuentra a su disposición para expresarse ». Pero varias de esas y de otras coincidencias que pudieran alegarse no pueden atribuirse a tal limitación. ¿No cabe sospechar, completando la tesis orteguiana que, a la inversa, en el teclado de signos que sirven al hombre para expresar su intimidad hemos elegido a veces armonías diferentes para dar vida a unos mismos sentimientos? Porque en lo que Ortega y yo llevamos de vida, aunque mi cronología — repito la palabra que él emplea al comparar su edad con la de García Gómez — es algo más breve que la suya — era profesor cuando yo era estudiante y por maestro le he tenido siempre — los dos hemos presenciado un evidente cambio de modos de amar, una novación de las viejas sinfonías amorosas; pero no sé si han cambiado en verdad las ideas básicas del amor desde nuestra ¡ ay ! ya lejana juventud.

Y pese a las actuales plañideras del progreso — se creyó que éste se realizaba en línea recta y en no interrumpido proceso ascensional — el hombre, y con el hombre sus ideas y sus sentimientos, avanzan hacia metas luminosas todavía lejanas — por un estúpido espejismo se creyó que esas metas últimas estaban al alcance de la mano — por complicadas curvas de espiral, pero sin que a la postre se tuerza nuestra senda, aunque a las veces creamos retroceder inexorablemente hacia torpes ayeres.

Y eso ocurre, naturalmente, también en el amor. Podrá comprobarlo quien haga en un remoto mañana la historia comparada de las ideas amorosas de los hombres, como Ibn Hazm escribió, hace nueve siglos, la de las ideas religiosas.

La teorética amorosa de Ibn Hazm y de los musulmanes andaluces, esa teorética todavía tan cargada de homosexualidad — ¿fué general también esa concepción del amor en las fronteras del califato, menos saturadas de la tradición greco-romana y poco contagiadas de los sentimientos triunfantes en el ombligo cortesano de Al-Ándalus? — me parece pertenecer al grupo de tradiciones mediterráneas que perduraron en la España muslim a lo largo de su historia. Ni los arabistas ni los no arabistas — Castro no ha sospechado la importancia del problema — hemos estudiado hasta ahora la larga serie de corolarios históricos que tuvo para el Islam hispano y para la hispana cristianidad, el aprisionamiento de la Península el año 711, en la mitad del mundo antiguo que permaneció más ahincada en la vida milenaria, a la que había servido de vía y de eje el mar Mediterráneo. Cuando el viejo mar se convirtió, por obra del Islam, de lazo de unión en foso que separó durante siglos dos áreas culturales diferentes y la civilización europea se territorializó, Hispania quedó enmarcada en la zona donde perduró con mayor vigor eruptivo la herencia vital de la antigüedad clásica. Por ello ni siquiera la concepción del amor triunfante en la Córdoba califal en los días de Ibn Hazm — está por hacer la historia de la vigencia de lo pre-muslim en la España musulmana — debe ser necesariamente tenida por de origen árabe. A excepción, si se quiere, del llamado « amor udri » o « amor de Bagdad », que se había abierto paso hasta una minoría de estetas, pero que no sé si rigió o no en verdad el sentimiento amoroso de quien escribió *El Collar de la Paloma*.

Para desvincular del amor « udri » el amor « cortez », nacido en Francia a fines del siglo XI y comienzos del XII — y de aquel derivado por los arabistas españoles — Ortega dice ahora que el amor « cortez », aun siendo un sentimiento distante, de saudade, « no implica renuncia, antes bien lo desea todo ». En mi *España musulmana*, dije que hallaba gran distancia entre la concepción amorosa de Ibn Hazm y el místico amor « udri », porque aquella « no implica(ba) renuncia al deseo ». Después de leer *El Collar de la Paloma* en su nueva versión, sigo dudando de que su autor fuese en la verdad de su vida adepto del amor también llamado de Bagdad. Ni siquiera se muestra siéndolo firmemente en la costra literaria de su existencia: en su libro sobre el amor. « Es muy difícil — escribe — que pueda haber inmunidad garantizada del pecado,

a menos que se trate de un hombre sexualmente impotente, que no necesite de las mujeres » ; y después de referir algunos sorprendentes casos de resistencia al deseo, añade : « Si estos individuos sujetos a prueba continuasen expuestos a la misma, seguro es que flojearían sus naturalezas y sucumbirían al susurro de la tentación ». De sí mismo no dice que renunciara al amor sexual. « Juro por Dios — declara — con el más sagrado juramento que no desanudé jamás mi manto para un coito ilícito ». Y si la filología arábiga no ha fijado el concepto de el amor en la España islámica, si que ha registrado la laxitud de la doctrina coránica sobre los coitos lícitos a los musulmanes. El mismo Ibn Házim escribe : « Si el instinto sexual no estuviese tan arraigado en el hombre, Dios no hubiera sido tan benigno con los solteros y en cambio tan rígido con los casados ». Y del capítulo de « El Collar » sobre la « Fealdad del pecado » resulta que sólo tenía por pecaminosos la homosexualidad y el adulterio.

En « Los caracteres y la conducta » dijo luego : « La continencia tiene su límite en que apartes tu vista y todos tus miembros respecto de todo cuerpo que no te sea lícito... pero privarse hasta de lo que Dios permite es ya debilidad e impotencia ». Y el mismo Asín señala que consideró imperfecta la virginidad y el celibato por hostilidad a los sufíes.

Si Ortega se decidiera a entrar, lupa en ristre en *El Collar de la Paloma* para estudiar la teórica amorosa de la Córdoba califal — ha sentido la tentación de hacerlo — me parece que la retícula básica del libro, vista al pormenor, le movería a negar a Ibn Házim la condición de udri. Y sin lupa resulta a las claras que no lo eran los cordobeses de su tiempo.

En su *Promenade à bâtons rompus à travers le Collier de la Colombe* como Lévi-Provençal califica las páginas que ha consagrado, hace muy poco, a la obra de Ibn Házim, se adelantó a García Gómez al procurar la identificación de los personajes y personajillos citados en *El Collar de la Paloma*, y al recoger algunas de las noticias que éste brinda sobre la historia de Al-Ándalus y sobre la vida en la Córdoba califal. Asín negó ya que « El Collar » fuese un puro tratado psicológico y destacó y aprovechó su valor histórico. Lévi-Provençal y García Gómez insisten sobre él y han procurado sacar partido de los datos que Ibn Házim ofrece aquí y acullá acerca del escenario mismo en que presenta los relatos — biográficos y autobiográficos — por él alegados en apoyatura ejemplarizadora de sus agudas reflexiones sobre el amor. Confiesan ambos famosos arabistas sin embargo que son pocos y menudos los pormenores aportados por « El Collar » sobre la capital del califato. Lo son también

los que proporciona sobre las cosas en general. A lo menos durante sus años mozos Ibn Ḥazm tenía habituada su retina más a mirar a los hombres que a los objetos entre los cuales los hombres se movían. No he visto recogida esta observación por ninguno de cuantos se han acercado a *El Collar de la Paloma*. Su realismo — aunque sea un tratado de psicología amorosa el libro de Ibn Ḥazm, es un libro realista — es más un realismo de almas que un puro realismo de cosas. Un realismo muy hispánico también — Dámaso Alonso ha subrayado con razón lo hispánico de ese realismo a propósito del « Estilo y creación en el Poema del Cid » — pero que no fué acompañado en nuestro autor de una capacidad pareja para captar sensorialmente la menuda realidad de los objetos de nuestro mundo en torno. No hay en « El Collar » un solo pasaje en que podamos hallar ni la sombra de una de esas orgías realistas con que tropezamos más de una vez en el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita. Pese al intento, fallido, de Américo Castro de vincular la obra del clérigo castellano con la del poeta cordobés.

Nos deslizamos así sin violencia hacia el último tema estudiado por García Gómez, la « Fortuna » de *El Collar de la Paloma*. Resume y amplía en esta parte de su introducción un estudio suyo aparecido hace meses en Al-Ándalus. En ese estudio había examinado también las posibles fuentes orientales de Ibn Ḥazm. Sólo menciona éste una sola obra : el *Kitāb al-zahra* de Ibn Dāwūd de Isfahān (859-910). Su traductor tiene también por probable que conociera el *Kitāb al-muwaššā* de Al-Waššā' (860-936). Pero García Gómez señala que ni una ni otra obra ejercieron sino una mínima influencia en « El Collar » y que Ibn Ḥazm, si no fué por entero original, hispanizó y occidentalizó la teórica oriental sobre el amor. García Gómez registra en seguida la poca suerte de que gozó *El Collar de la Paloma* en el mundo islámico. De sólo dos autores orientales : Ibn Qayyim al-Āwziyya (1292-1350) e Ibn Abī Ḥaýala (1325-1375), consta que lo conocieran ; y únicamente el granadino Ibn al-Jaṭīb y el marroquí Al-Maqqarī lo citan en Occidente.

Al socaire del libro de Ibn Ḥazm su traductor alude a la debatida tesis sobre la influencia de la poesía hispano-árabe en el origen de la provenzal. Señala cómo el hallazgo de las « jarchas » o estribillos en romances en las *muwaššahas* andaluzas ha alterado los datos del problema. Pero insiste en el valor de *El Collar de la Paloma* como pieza importante para la comparación entre las dos escuelas poéticas. Se inclina a evitar exageraciones mas se niega a aceptar las negativas de los escépticos. La aparición del *Libro de la Escala* ha confirmado en su esencia la tesis de Asín sobre la escatología islámica de la *Divina Comedia* ; y el

descubrimiento de las « jarchas », las intuiciones de Ribera sobre la existencia de una lírica romance en Al-Ándalus.

Y García Gómez se enfrenta por último con la tesis de Américo Castro sobre la influencia de *El Collar de la Paloma* en el *Libro de Buen Amor*. Parecen a García Gómez muy distintos el carácter, la vida y las obras de Ibn Ḥazm y del Arcipreste. Parangona algunas pasajes de « El Collar » con otros del « Buen Amor » y por ser posiblemente casuales algunas de sus semejanzas y por tocar otras al lado más humano y más vulgarizable de « El Collar » tiene por osado y prematuro aceptar la dependencia directa de los dos libros. Me inclino a ir más lejos en la negativa y dudo de que ninguna de las aparentes analogías implique en verdad coincidencia ; proceden de la inserción de ambos autores en un ambiente vital muy cercano y de la misma cercanía de los temas. Tengo redactado un extenso capítulo de la obra anunciada antes, contradiciendo el magnífico y sugestivo de Castro sobre el Arcipreste. En él expondré mi opinión. Me afirmo en ella después de leer a García Gómez. « El precioso libro de Ibn Ḥazm, escribe éste, debió de circular muy poco ; es libro aristocrático y muy difícil y se halla separado del « Buen Amor » por verdaderos abismos de diferencias espirituales ». Esas justísimas palabras me parecen reflejar su juicio certero y contradicen sus amables concesiones polémicas, pues se aviene mal la escasa difusión del difícil y aristocrático libro de Ibn Ḥazm con la extremada divulgación que habría debido sufrir para que por caminos torcidos hubiera podido llegar hasta el Arcipreste.

García Gómez escribe además : « A propósito de una obra perdida de Ibn Ḥazm, dice (Castro) de las « Fehrasas » que en ellas « el buceo en la propia existencia llega hasta el fondo del alma, de la propia de cada uno, situada en un tiempo y en un lugar contemporáneos », siendo bien sabido que, aunque útil, el género de estos *curricula vitae* u oficiales hojas de servicios, es el más frío, tedioso, anodino y superficial de toda la literatura árabe ».

También rechaza la suposición de Castro de que Ibn Ḥazm « se movía en un mundo impregnado por la espiritualidad del sufismo ». Y frente a la afirmación de que mezclaba el amor humano y el divino, escribe : « de amor divino propiamente dicho, en sentido unívoco con lo que nosotros entendemos al usar de ese término, nada hay en la teología de Ibn Ḥazm ni puede haberlo en la doctrina zahiri ».

Y García Gómez se niega también a admitir que *El Collar de la Paloma* influyera en el libro del carmelita Fray José de Jesús : *Excelencias de la virtud de la castidad* que Castro trae también a capítulo. Antes de leer



la muy autorizada opinión del traductor de Ibn Ḥazm había yo llegado a iguales conclusiones.

Aun a trueque de pasar por positivista, declara García Gómez que no puede estar de acuerdo con Castro. Le acompaño en esta declaración. Y pienso al hacerla en un aspecto de la tesis de mi viejo colega madrileño por García Gómez no abordado. Me refiero al supuesto caminar de los musulmanes españoles entre veladas sombras y a su supuesto concebir la vida como un fluir y deslizarse entre un mundo huidizo y aparential, tesis que Castro apoya en una metáfora de *El Collar de la Paloma*. O yo soy un porro o Ibn Ḥazm y los cordobeses de su generación avanzan por las páginas de « El Collar » con los pies asentados firmemente sobre la tierra, en una atmósfera lúcida y transparente, con los ojos bien abiertos a la realidad y exteriorizando sus sentimientos cálida y humanamente; sin velos, ni sombras, ni símbolos. Sólo bellas metáforas ponen tenue vapor de poesía, no entre los hispano-musulmanes cuyas historias amorosas cuenta Ibn Ḥazm, sino entre ellos y nosotros. Luz clara, de una ciudad del mediodía, y realismo, a veces procaz y rahez, he ahí el ambiente vital por el que caminan los cordobeses en *El Collar de la Paloma*. El mundo en torno a ellos no se desvanece al ir a apoyar sobre él un afán volitivo, como Castro quiere.

Estudia García Gómez las etapas modernas de la resurrección por la erudición occidental contemporánea de *El Collar de la Paloma*, durante siglos olvidado. Al explicar el método seguido en su versión, declara que ha tendido al arcaísmo en la sintaxis y en el vocabulario, para evitar la deformación de las ideas medievales de Ibn Ḥazm mediante el empleo de un ropaje literario demasiado moderno — gran acierto el haberlo hecho así. Y deja al lector frente a su magnífica versión.

¿Magnífica? ¿Quién soy yo alejado del arabismo científico para calificarla de tal? Me he dejado ganar de la impresión que produce su lectura al curioso lector. Porque la prosa tersa y la belleza de las versiones poéticas de García Gómez ganan pronto el ánimo, apenas iniciada la lectura de su traducción de *El Collar de la Paloma*.

En las páginas anteriores queda dicho lo bastante para que no sea preciso analizar aquí los treinta capítulos en que Ibn Ḥazm va exponiendo su teoría psicológica acerca del amor, con una agudeza de observación y un vuelo de pensamiento que conquistan y que logran mantener la atención de quienquiera que se asome hoy a la versión de García Gómez, aun después de mil años de historia y con todo el peso de la cultura occidental a las espaldas.

Ibn Ḥazm apostilla su teoría amorosa con noticias diversas que le

sirven de ejemplos de sus juicios y con muy bellas poesías. En las noticias ejemplarizadoras deja girones de su autobiografía íntima, de la intimidad de sus amigos y de la biografía de muchos cordobeses que no siempre conoció. Esas noticias ejemplarizadoras con que Ibn Ḥazm apostilla sus reflexiones sobre el amor no autorizan la peregrina afirmación de Castro de que el autor de « El Collar » desliza su vida en la vida de los otros. Ahí está la versión de García Gómez a la disposición de los lectores de habla española, como estaban a la de todas las traducciones al inglés, al francés, al alemán y al italiano; ahí están, contradiciendo la aventurada tesis de Castro. Ibn Ḥazm alega a cada paso la noticia que puede apoyar su exposición teórica; se refiere a sucesos de su vida o de la vida de otros, según el caso; pero sin que vierta en las biografías ajenas la suya. Garantiza la autenticidad de los relatos con su testimonio personal, con el de aquéllos de quienes los supo o con el *isnab* o cadena de testimonios que remonta hasta el testigo presencial del suceso referido. Cuando Ibn Ḥazm asoma a las vidas de los demás es por tanto como garante de la verdad de su noticia.

La colección de las poesías que incluye en « El Collar » constituye un extenso « diwan ». Señala García Gómez el carácter filosófico y profundo de las poesías de Ibn Ḥazm. Separadas por la naturaleza amatoria de sus temas y por casi mil años de historia, de las que debemos a Unamuno, se acercan a éstas, a las veces, por su riqueza y vigor de pensamiento. Unamuno no cae nunca en lo obsceno ni en lo sucio que tienta de cuando en vez a Ibn Ḥazm; por ejemplo, al aludir a un sobrino del poeta Ibn al-Yazīrī que prostituyó a sus mujeres por gozar de « una cría de gacela » — repitamos un eufemismo muy usado en la poesía árabe para designar a los efebos. Pero salvadas esas diferencias, la profundidad ideológica de las composiciones poéticas del ibero andaluz del siglo xi y del ibero vizcaíno del xx — no puedo pararme aquí a parangonarlos como desearía — completa la aproximación de estos dos grandes pensadores hispanos.

García Gómez apostilla su versión de *El Collar de la Paloma* con algunas notas aclaratorias en las que intenta especialmente identificar a las personas citadas por Ibn Ḥazm. Sólo una de esas identificaciones me ha interesado y me importa rectificar. Me refiero a la de Abū-ʿĀmir Muḥammad ibn ʿĀmir, El autor de « El Collar » le cita varias veces. Cuenta que le tenía verdadera aversión « por causa de unas habladurías que a él dijeron de mí y a mí de él, sin contar la mutua antipatía que separaba nuestros padres — dice — en la privanza del soberano y en la pública estimación. Pero un día Dios me concedió conocerlo y desde entonces

fué para mí el más querido de los hombres ». Elogia su belleza física con paralelos ditirámicos de no muy buen gusto. Cuenta que « Sólo por verlo las calles se despoblaban de transeúntes, pues todos se encaminaban adrede a cruzar frente a la puerta de su casa por la vía que, arrancando del Arroyo Chico, en la parte a saliente de Córdoba, pasaba por nuestra puerta e iba a parar al callejón que llegaba al palacio de Al-Záhira ». Y añade : « En esta calle estaba su casa (¡ Dios le haya perdonado ! ) contigua a la nuestra ».

Traza también una vivaz imagen de la inconstancia y volubilidad de su amigo : « Este Abū'Āmir de quien venimos hablando, escribe, en cuanto veía una esclava no podía contener su impaciencia y se sentía acometido por un desasosiego y una tristeza tales que estaban a punto de acabar con él, hasta que la poseía, aunque para lograrla se interpusieran setos de espinoso tragacanto ; pero en cuanto estaba cierto de que era suya, el amor se tornaba esquivéz, y la pasión desvió ; la tendencia por llegar a ella, en tendencia por desprenderse de ella y acababa vendiéndola por el precio más vil. Tal era su costumbre y en cosas como las mencionadas malgastó enormes sumas de decenas de miles de dinares. A pesar de ello era (¡ Dios le haya perdonado ! ) hombre letrado, avisado, agudo, hábil, dulce, ardiente, dotado de gran distinción, alto linaje y vasto poder ».

« Por su amor murieron — dice luego — varias esclavas que tenían puestos en él sus pensamientos y habían sido criadas para él, pues habiéndotas engañado en sus esperanzas, fueron presa de la extenuación y la soledad acabó con ellas. Yo conocí a una llamada « Afrā, y me acuerdo que no podía ocultar su amor, dondequiera que se hallaba y que jamás enjugaba sus lágrimas. Al salir de casa de él, pasó a poder de Abū-l-Barakāt, un liberto de Jayāl y prefecto de las edificaciones palatinas ».

« El mismo (¡ Dios le haya perdonado ! ) me decía hablando de sí, que sentía tedio de su propio nombre, para no hablar de otras cosas. De amigos cambió muchas veces en su vida a pesar de que no fué larga. Cambiaba asimismo y a menudo de atuendo, como un camaleón : unas veces vestía ropas de rey ; otras, iba ataviado como un bandolero ».

Y refiere que se despidió de este extraño amigo en Málaga, cuando embarcó para Oriente, y que no le volvió a ver.

De este valeidoso amigo de Ibn Hazm ha hecho Américo Castro el proto Don Juan. Basándose en los pasajes copiados Castro se atreve a atribuir origen hispano-árabe a la figura literaria del Burlador. Tal tesis es demasiado frágil. Media una enorme distancia entre éste y Abū'Āmir

Muhammad ibn'Āmir. Procuraré demostrar lo equivocado de la tesis ideada por Castro, Pero mi interés por el tema me movió a leer con atención la identificación del inconstante personaje por García Gómez. Era homónimo con Almanzor y no ha faltado quien creyera ver en él al poderoso dictador y genial capitán. Se alzan contra tal suposición las palabras de Ibn Ḥazm sobre su amistad con él — el autor de *El Collar* tenía ocho años cuando murió Almanzor — y diversos pormenores que Ibn Ḥazm nos brinda acerca de la vida de su amigo. Lévi-Provençal se atrevió a identificarle con un nieto de Almanzor, hijo de su hijo primogénito y sucesor 'Abd al-Malik al-Muzaffar, y de una mujer llamada Jayāl. García Gómez se ha dejado arrastrar por la opinión del gran arabista francés y afirma cuatro veces que el proto Don Juan de Castro era indudablemente el descendiente del gran Ibn Abī 'Āmir.

Me parece seguro el error de los dos arabistas mencionados. Han trazado una suscita biografía del nieto de Almanzor basándose en noticias de Ibn 'Idarī y de Ibn al-Jatīb. Tenía siete años a la caída de los amiríes en 1009, estuvo en Zaragoza confiado al tuýibi Mundir, volvió a Córdoba en 1021, intentó crearse un principado en tierras de Jaén y Murcia, se refugió en el Algarbe y allí murió de viruela en 1030.

Habría debido bastar la fecha de su muerte a García Gómez para rechazar la identificación propuesta por Lévi-Provençal, puesto que Ibn Ḥazm le supone fallecido cuando escribía *El Collar de la Paloma* y, según afirma con razón el gran arabista español traductor del libro, éste se escribió en Játiva hacia 1022.

Ibn Ḥazm declara que su inconstante y veleidoso amigo vivía junto a él en Medina Al-Zahira y sabemos por el mismo autor de *El Collar* que a la caída de los amiríes, cuando fué destruida la ciudad palacio fundada por Almanzor, hubo de regresar a Córdoba, a sus viejos lares de Balāt Mugīt. Luego, su amistad con Abī'Āmir y los éxitos de éste ante las muchedumbres hubieron de ser anteriores al 3 de marzo de 1009, fecha del golpe de estado de Al-Mahdī que provocó la ruina de Medina Al-Zahira. En esa fecha el nieto de Almanzor tenía siete años y si no es posible que a esa edad realizara la conquista del pueblo de Córdoba y consiguiera la amistad de Ibn Ḥazm, tampoco lo es que después de la caída de los amiríes siguiera viviendo en la destruida Al-Zahira y que los cordobeses, a la razón exaltados por una viva saña contra la familia derrocada y conturbados por muy graves y sombríos sucesos — Córdoba fué conquistada en seguida por castellanos y berberiscos y poco después por catalanes y eslavos — despoblaran la ciudad para ir a ver al

bello Abū 'Āmir junto al Arroyo Chico. Consta además que fué enviado a Zaragoza después de la crisis amirí y que no volvió a la capital del califato sino en 1021, cuando Córdoba sufría los crueles días del gobierno de los califas Hammudíes.

Después de 1009 es más que dudoso que el nieto de Almanzor, refugiado y exilado pudiera gastar sumas inmensas en comprar esclavas y que alcanzara gran poder, como declara Ibn Ḥazm; y claro está que, antes de los siete años tampoco. Y es imposible que la esclava 'Afrā por él desdeñada, pasara a manos de un liberto de su madre — no olvidemos que el personaje con quien Lévi-Provençal ha identificado al bello Abū 'Āmir era hijo de Jayāl — antes de 1009 — después de esa fecha un liberto de la viuda Al-Muzaffar no hubiera alcanzado importantes cargos palatinos — porque ningún niño de siete años hace llorar de amor a una mujer.

En su biografía no hubo tampoco plazo para embarcar rumbo a Oriente entre 1916 y 1918, años hacia los cuales Ibn Ḥazm acudió a Málaga a despedir a su amigo Abū 'Āmir. Y vuelto a Córdoba el nieto de Almanzor, en 1021, allí lehabría encontrado el autor de *El Collar de la Paloma* ministro de 'Abd al-Raḥmān V en 1023, e Ibn Ḥazm declara que no volvió a ver a su camarada de juventud después de haberle despedido en las playas malagueñas.

Indudablemente el supuesto proto Don Juan no fué el nieto y homónimo de Almanzor, sino el personaje de igual nombre mencionado por Al-Daḥbī como citado por Ibn Ḥazm, tal vez hijo de algún hermano o sobrino del más famoso capitán de Al-Ándalus y, como el padre del autor de *El Collar de la Paloma*, visir del omnipotente dictador del califato. Así se explicaría que los progenitores de los dos amigos fueran rivales — el padre de Ibn Ḥazm no pudo ser rival del segundo dictador amirí Al-Muzaffar de quien Lévi-Provençal hace hijo al bello Abū 'Āmir porque formó parte de su consejo visirial. Así se explicaría también que tuviese riquezas para satisfacer sus caprichos y que viviera fuera del palacio de Al-Zāhira, al lado de Ibn Ḥazm, pues no es lógico que el hijo del que gobernó la España musulmana de 1002 a 1008 viviese en su niñez fuera de la paterna residencia.

El error de Lévi-Provençal carece de importancia — supuesta su profunda erudición, imagino que será el único — pues no hay autor que no incurra en alguno, ni obra sin lunares. Los lunares embellecen a veces el rostro de las mujeres. Recordemos la deliciosa poesía *La bella de los lunares* traducida por García Gómez :

Era tan blanca, que la juzgarías una perla que se fundía, o estaba  
[a punto de fundirse, con sólo nombrarla.  
Pero tenía las dos mejillas — blancas como el alcanfor — punteadas  
¡ Encerraba toda la beldad y aun algo más ! [de almizcle

⌘ Eso podemos decir también de esta nueva obra de García Gómez.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.